
Fernando del Paso. La historia al lado de la invención desbocada

Tercera novela de Fernando del Paso, *Noticias del Imperio*, es una obra monumental, enciclopédica, no sólo por su volumen —670 páginas— sino por la maestría catedrática con que está construida, por los temas que aborda y que son de interés general para el conocimiento de nuestra historia. Si bien es éste un libro que empieza a leerse en forma más amplia —va en su tercera edición— *Noticias* ha sido poco comentada por la “crítica”. Quizá ello se deba a que el autor no forma parte de las diversas capillas, élites o mafias de la literatura mexicana.

Noticias del Imperio es una novela que, como señala José Emilio Pacheco (uno de los pocos que se ha ocupado de ella), es una obra no sólo para ser leída, sino para ser vivida —habitada dice él—, durante semanas o aun meses enteros.

Novela exigente consigo misma y con sus lectores, no sólo divulga información, sino la procesa, elabora y convierte en historia, filosofía y poesía. *Noticias del Imperio* es una obra total que incluye monólogos dramáticos, diálogos, crónicas, narraciones directas, cartas, ensayos, y poemas en prosa, así como alegorías y una fantasía desbocada y desbordada. Es una novela de múltiples ritmos y cadencias pero que mantiene siempre capturado al lector sin permitirle concesiones ni treguas.

En el texto vemos a la Europa del XIX enfrentada consigo misma y con los vínculos coloniales que están presentes en la reestructuración del nuevo orden social, de una nueva geopolítica en que se dan por igual las formas imperiales y las republicanas, la aristocracia y las masas que irrumpen en el escenario político, el pasado y el presente, Europa y América “latina”.

* Texto leído en la mesa redonda que, en torno a *Noticias del Imperio* (México, Diana, 1987, 670 pp.), organizara el área de Sociología de la Cultura de la Coordinación de Sociología de la FCPyS-UNAM, en mayo de 1988.

En torno al autor

Podría decirse que Fernando del Paso es un escritor que se toma cerca de diez años en “cocinar” cada una de sus obras: *Sonetos de lo Diario*, 1958; *José Trigo*, 1966; *Palinuro de México*, 1979; y *Noticias del Imperio*, 1987. En sus libros se notan esos años de gestación, investigación y elaboración. Así, cuando uno los lee queda impresionado de su conocimiento y de su talento para transmitirlo, no en forma pedante y docta, sino como anécdota e incorporado a la vida cotidiana.

Hay en *Noticias del Imperio* conocimiento, análisis e interpretación de la historia de Europa, de sus imperios, de sus colonias, así como de la compleja trama de relaciones económicas, políticas, sociales y culturales que entre ambos se establecieron. A lo largo de la narración se aprende lo mismo botánica que medicina, herbolaria, poesía o concepciones arquitectónicas y artísticas. Todo ello salpimentado por un humor corrosivo.

Impresiona, asimismo, la capacidad de “desdoblamiento” de del Paso para “meterse” en el personaje de Carlota y recrear, desde su maravillosa y lúcida locura, los acontecimientos, el transcurrir histórico de la segunda mitad del siglo diecinueve al primer cuarto del veinte.

Pero ese transcurrir no es sólo histórico, sino interno, de sensaciones, visiones, ensoñaciones y enajenaciones. Sorprende su conocimiento de la realeza europea, de sus relaciones —las lícitas y las ilícitas— y de las múltiples formas y tramas en que ese mundo se estructuró lo mismo en cámaras que antecámaras y recámaras. A través de la novela comprende uno la visión prospectiva de Tocqueville, el juego y la ambición política de Napoleón III, los planteamientos de Lincoln, los Habsburgo, los monárquicos mexicanos así como la titánica lucha de los liberales encabezados por Juárez para mantener y consolidar un proyecto de Estado-nación.

Pero ¿cómo construyó del Paso su novela?, ¿cómo estructurar una obra no sólo literaria, sino de investigación en que encuentren su cauce todas las inquietudes e intuiciones que surgen en el momento en que se está creando y produciendo?, ¿cómo no dejar fuera muchas ideas en aras de un prurito académico?

A estas interrogantes del Paso ofrece su propia opción. En ella están presentes y se combinan talento, conocimiento e imaginación, esta última como transgresora de un orden establecido que lleva a la ruptura con una lógica que mantiene estático e inerte al objeto de estudio. Así, quizás la solución no sea plantearse alternativas. . . “sino tratar de conciliar todo lo verdadero que pueda tener la historia con lo exacto que pueda tener la invención. En otras palabras, en vez de hacer a un lado la historia, colocarla al lado de la invención, de la alegoría, e incluso al lado, también de la fantasía desbocada. . .”

Sobre los asuntos del poder

Resulta por demás interesante la personalidad de Maximiliano, hombre de Estado educado para el ejercicio del poder y hombre de su tiempo, que confirma las leyes juaristas sobre la nacionalización de los bienes de la Iglesia y que dicta disposiciones para elevar los impuestos a las clases dominantes, prohibir la servidumbre por deudas,

restringir el trabajo infantil, anular las deudas mayores de diez pesos y permitir el acceso de los vendedores ambulantes a las haciendas para evitar el monopolio de las tiendas de raya. Medidas que desconciertan a la jerarquía eclesiástica y los propios monárquicos que no esperaban que “su emperador” resultara tan progresista. Sin embargo, todo parece indicar que, por encima de los asuntos de Estado, predomina su inclinación por las letras, las artes, la ciencia, la entomología y el ceremonial de la corte.

Quizá por ello, escribe Madame de Courcy en una carta a Napoleón III, “. . . la tragedia de Maximiliano es que es fácil adorarlo, pero imposible temerlo, y en México uno sólo puede inspirar respeto con miedo. . .” En este contexto, la imagen de Juárez crece. Debe recordarse que Maximiliano invita a Juárez a colaborar con él. Este hecho da oportunidad a Juárez de mostrarse, él sí, como todo un hombre de Estado, consciente del papel que le tocó desempeñar y de su apuesta con la Historia. En su réplica, Juárez se encarga de recordarle a Maximiliano que es un intruso y él, presidente de la nación mexicana.

Me dirige V. su carta del 22 del pasado, fechada a bordo de la fragata Novara, y mi calidad de hombre cortés y político me impone la obligación de contestarla, aunque muy de prisa y sin una redacción meditada, porque ya debe V. suponer que el delicado e importante cargo de Presidente de la República absorbe casi todo mi tiempo, sin dejarme descansar de noche. . . Me invita V. a que venga a México, ciudad donde V. se dirige, a fin de que celebremos allí una conferencia en la que tendrán participación otros jefes mexicanos que están en armas, prometiéndonos a todas las fuerzas necesarias para que nos escolten en el tránsito y empeñando como garantía y seguridad su fe pública, su palabra y honor. Imposible me es, señor, atender a ese llamamiento; mis ocupaciones nacionales no me lo permiten; pero si en el ejercicio de mis funciones públicas yo debiera aceptar tal intervención, no sería suficiente garantía la fe pública, la palabra y el honor de un agente de Napoleón, de un hombre que se apoya en esos afrancesados de la Nación Mexicana (. . .) el encargado actualmente de la Presidencia de la República, salido de las masas oscuras del pueblo, sucumbirá (si en los juicios de la Providencia está determinado que sucumba) cumpliendo con su juramento, correspondiendo a las esperanzas de la Nación que preside y satisfaciendo las inspiraciones de su conciencia. . .

Juárez aparece en la obra como un ser de carne y hueso, con emociones y con humor y no como la estatua rígida y acartonada que la “Historia Patria” nos ha mostrado. Así, lo vemos recordando su exilio en Nueva Orleans, donde para sobrevivir tuvo que trabajar haciendo puros entre negros —cuyo olor no le gustaba, pero frente a los cuales no se veía tan moreno. ¿Habíamos reparado en que Juárez no es un prócer “a caballo”?; esto, él mismo lo señala en un diálogo con su secretario, en el que expresa su secreto deseo de haber aprendido a montar bien a caballo y señala que Bolívar, O’Higgins y hasta Morelos fueron próceres a caballo: “. . . y (me digo) si tu pasas un día a la historia, Benito Pablo, vas a ser un prócer a mula”, que era lo que sabía montar muy bien y aprovecha la ocasión para hacer alusión a su conocida

terquedad. También se le ve como un profundo conocedor de la historia y la geopolítica; curioso que quiere saber todo acerca de Maximiliano y Carlota y que con humor comenta que los europeos no se contentan con que en la aristocracia existan duques, sino hasta ¡“archiduques”! y haciendo escarnios e ironías comenta que en México podríamos contar con un “archipresidente”: Santa Anna.

No hay duda de que no hay nada nuevo bajo el sol. Tres ejemplos: Siempre pensé que el “acarreo” y los “acarreados” eran una aportación mexicana a la política. Pero no es así, pues como indica del Paso:

el recibimiento de Maximiliano y Carlota fue muy costoso para los franceses pues Almonte alquiló a los campesinos, a razón de tres centavos por cabeza, más un vaso de pulque. . . Esta “técnica”, sin embargo, no era mexicana ni nueva, años antes las autoridades del Lombardovenetto, cuando Francisco José y Sisi visitaron Milán, habían alquilado a campesinos y puebleños a razón de una lira por cabeza.

Para aquellos que piensan que el “cacerolismo” fue una invención de los golpistas chilenos contra el régimen de Allende, deben saber que el clero mexicano para mostrar su descontento contra el imperio, usaba al lumpen para llevar a cabo ruidosas manifestaciones en las que como “corte de milagros” iban por la calle en interminable procesión, con sus escapularios, medallas y cacerolas de lata haciendo un ruido infernal.

Con respecto a lo que hoy conocemos como manejo y manipulación de los medios de comunicación masiva habría que señalar que el 19 de junio de 1867, *El Diario Oficial del Imperio* daba esta noticia: “Ningún acontecimiento de importancia ha ocurrido hasta ahora que son las nueve de la mañana”. ¡Maximiliano había sido fusilado *ese día, a las siete de la mañana!*

La ciudad y sus personajes

Sin proponérselo como tarea, del Paso hace sociología urbana cuando nos describe la ciudad, sus barrios, sus rincones, a través de un maravilloso monólogo de un mendigo. En él hay una reconstrucción de la vida de la ciudad, de sus calles, sus olores, sabores y texturas. Aparecen la Alameda, Plateros y San Francisco, Buenavista, Mixcalco (y la llorona), los sitios de carruajes (llamados “Simones”) en Seminario y La Mariscalá, los escribanos de la Plaza de Santo Domingo y muchos rincones más. En esos escenarios transitan seres de las más diversas capas sociales y son descritos sus vestidos y atuendos, sus gustos —las golosinas—, sus diversiones y se escucha la infinita letanía de pregones que existen (existían) en nuestra ciudad. El campo, las plantas, flores y hierbas, merecen mención aparte, ya en las inquietudes de Maximiliano y Carlota, ya en las cartas y descripciones de un soldado francés a su hermano en París o, en la poesía de Sedano, el jardinero de la Quinta Borda de Cuernavaca (con cuya esposa Maximiliano tiene, supuestamente, amoríos) y que vivía de, por y para las flores y plantas. Y metidos ya en asuntos ecologistas, imposible impedir que la nostalgia aflore, sabiendo que desde las terrazas del Castillo de Chapultepec —al

que Maximiliano quiso bautizar como de “Miravalle” — se veía: al norte, la Calzada de la Verónica (hoy Melchor Ocampo) y San Cristóbal Ecatepec; al suroeste, el Popo y el Izta; al sur, Mixcoac, San Angel, Tlalpan y el Ajusco y al oeste, Tacubaya y los Remedios, y además se podían ver, pues espejeaban y brillaban, los lagos de Chalco, Xochimilco, Yaltocan y Texcoco.

Historia y trivia

A través de la novela uno se entera de que el 30 de abril de 1863 tiene lugar la batalla de Camarón (cerca de Veracruz). En ella, los lanceros mexicanos, más de mil, aniquilaron a varias docenas de legionarios pertenecientes a una compañía comandada por el Capitán D’Anjou, quien se distinguía por su crueldad y por tener la mano izquierda de madera. Después del combate, un comandante de la Legión Extranjera se hizo cargo de dicha mano

. . . y la envió al cuartel general de la legión en Sidi-bel-Abbés, más tarde iría a parar a un museo de Aubagne, en las cercanías de Marsella. Desde entonces, el día de la Legión Extranjera se llama el Día de Camarón, y cada año, en el aniversario de la batalla, la mano del Capitán D’Anjou. . . es sacada de su caja de cristal, colocada sobre un cojín de terciopelo rojo en un pedestal en medio de un gran patio y saludada por las bandas y los cañones de la Legión Extranjera cuyos hombres desfilan ante ella. . .

En el vertiginoso torrente de la novela aflora el talento especulativo de del Paso cuando, a través de un monólogo de Carlota, conjetura en forma exhaustiva sobre las múltiples causas que pudieron motivar la tragedia de Mayerling. Me adelanto a señalar que se trata de una larga transcripción, pero la belleza del texto y la riqueza de ángulos desde los cuales es abarcado el hecho hacen imposible acortarla, pues nos permite comprender la complejidad de los sucesos históricos y lo pobre que resultan las explicaciones unicasales y rígidas.

¿Por qué crees que murió Rodolfo en Mayerling? ¿Tu crees que se murió de amor porque siendo el heredero de una monarquía católica no podía divorciarse de mi sobrina Estefanía? ¿Tu crees que porque no podía casarse con María Vetsera, por eso la mató con su rifle y la cubrió de rosas y lloró su muerte toda la noche y al amanecer se pegó un tiro y cayó abrazado al cadáver de esa putilla de 17 años que le había enseñado a fumar hachís para volverlo loco? Y si de verdad Rodolfo estaba loco, y fue eso lo que la corte de Austria le tuvo que decir al Papa, que se había quitado la vida en un momento de insania, para que la Iglesia permitiera que lo sepultaran en tierra sacra, ¿por qué crees Maximiliano, que enloqueció?, ¿por el hachís que le traían a la baronesa desde El Cairo? ¿O por la morfina que él mismo se inyectaba todos los días para vivir, en sus habitaciones de muebles y muros tapizados de rojo borgoña, lo que él llamaba sus horas blancas? ¿O porque estaba ya loco desde siempre, porque habrás de saber que cuando niño se robaba los pájaros de los

nidos de los Jardines de Laxenberg y les apretaba el cuello con las manos hasta matarlos y hacer estallar sus venas, en venganza por las ausencias de Sisi que lo abandonaba para ir a cantar baladas de Schubert y recitar poemas de Heine en la soledad de las Islas Borromeas a la sombra de las araucarias y los alcanfores en flor? ¿O fue porque estaba enamorado de ella, de su madre Sisi? ¿O fue como dicen, porque descubrió que la baronesa era una hija natural de Francisco José y prefirió la muerte a perpetuar el incesto? ¿O fue porque ella había conspirado con tu primo el Archiduque Juan Salvador y su cáfila de amigos revolucionarios para asesinar a Francisco José y acabar con la monarquía para crear una república socialista en Austria y el solo pensamiento de ser cómplice de la muerte de su padre lo enloqueció? Y si fue verdad que Rodolfo no se suicidó sino que lo mataron. Si fue verdad que Bismarck ordenó que lo asesinaran. Y si fue cierto que lo mandó matar Clemenceau. O sus propios amigos le quitaron la vida porque creyeron que iba a denunciar la conspiración a Francisco José. O si como dicen otros, fue su propio padre el que lo mandó matar, Maximiliano, ¿por qué lo hizo? ¿Porque no podía tolerar que el heredero del trono de la Casa de Austria fuera un loco que llevaba colgado del cuello un relicario de oro lleno de veneno, un maniático que le proponía pactos de suicida a las cantantes y las coristas? ¿Porque no podía entender que el niño sobre cuya cuna había llorado de emoción al ponerle el Velloccino de Oro sobre su pecho de recién nacido que comenzaba apenas a aprender a respirar el aire húmedo de Schönbrunn y el aliento a lavanda de la Emperatriz Elizabeth se hubiera transformado en un anarquista que publicaba con seudónimos artículos antimonárquicos en el *Wiener Zeitung* y que conspiraba para independizar a Hungría del Imperio Habsburgo y proclamarse su soberano? . . . ¡sin comentarios!

También la espléndida novela de del Paso nos hace saber que la sociedad parisina de 1860 tiene como artistas consentidos y de moda al novelista Octave Feuillet y al pintor Winterhalter, mientras Renoir se muere de hambre y Gustave Flaubert es enjuiciado por su *Madame Bovary*. Y para quienes creen que lo “punk” es una moda nacida ayer, es necesario recordar que Baudelaire acostumbraba pasear por París del brazo de una mulata con el pelo pintado de verde. A propósito ¿habíamos reflexionado acerca de que los colores de moda tenían como antecedente batallas famosas? Algunos ejemplos: Azul Sebastopol, verde Crimea, solferino Magenta y ¿por qué no? rojo Puebla. Por la correspondencia entre dos hermanos sabemos que ya existía a mediados del siglo pasado, en Veracruz, el Hotel Diligencias y que, supongo, debía su nombre a que de allí partían éstas hacia la capital. Por cierto que imbuido de la curiosidad *delpasiana* averigüé que la primera línea de diligencias entre Veracruz y la ciudad de México pasaba por Jalapa y fue establecida en 1830 por tres americanos de Nueva Inglaterra. Los coches eran de los llamados tipo “Concord” y hacían tres viajes por semana. En 1833 la línea y la concesión fue comprada por Manuel Escandón a quien dio pingües ganancias, mismas que fue acrecentando cuando se convirtió en concesionario de la ruta del ferrocarril de Veracruz, que luego negoció con los ingleses.

Epílogo

Noticias del Imperio es indudablemente una gran novela, no de la literatura mexicana, sino de la lengua española e indudablemente así será reconocida. Aborda sucesos que para mexicanos y europeos son historia común, pero no compartida, y que ambos soslayan. En este sentido me parecen muy bellas las imágenes en las que, como en un juego de espejos, México “es visto por Carlota y Maximiliano y ellos se ven, se reconocen” en México, se “mexicanizan” —en Europa quedan el “Max”, “Carla” o “Charlotte”.

Pese a que la historia nacional los relega a un segundo plano, negándose a reconocerlos, debe apuntarse que la causa de la locura de Carlota es México, y Maximiliano a punto de ser fusilado, no invoca a Europa o a los Habsburgo, sino que muere a la mexicana, gritando ¡Viva México! Del Paso señala: si no son mexicanos de nacimiento si son mexicanos de muerte.

Veo a esta gran novela como un *collage* con diferentes fondos musicales, con cadencias de minuet, vals, polka y habanera; y cuando Carlota —ya anciana— rememora a México, su campo, frutas, tunas y nopales, sólo puedo imaginarla como a la calaca de Posada y Diego con fondo musical de corrido mexicano. . .

Sergio Colmenero